

# Los mosquitos de Mazarrón

SALVADOR GARCIA JIMENEZ



De unos treinta y cinco años acá, límite alcanzado por su memoria, había oído decir, frente a todas las fases de la luna mecidas por las mareas, que los mosquitos eran saltamontes, pavos, avestruces y hasta helicópteros, y ahora, que presentaba el mosquito ordinario de sus charcas, con dos centímetros de longitud, lo miraban con extrañeza y la incredulidad de que aquello pudiera revolotear en sus refrescantes crepúsculos. «Esto es un vulgar saltamontes», catalogaban espionando en sus ojos alguna señal de locura que lo alentara a desprestigiar con tal recurrencia la bondad de sus playas. Y él invitaba a que examinase el insecto a través del microscopio; mostraba libros ilustrados con el mosquito del género *Culex*, para que estudiaran con un simple vistazo la total correspondencia. «No le dé usted más vueltas —insistían a coro con el zumbido de las alas—: eso es un saltamontes». Ni uno de los tres corros de vecinos con que se había tropezado en la plaza del Ayuntamiento le había apoyado al menos con la incertidum-

bre de una cruz: «Mitad mosquito mitad saltamontes».

Desde las bombas del flit hasta los últimos aparatos eléctricos, de atrayente luz violeta, que electrocutaban, sus cabellos se habían vuelto de tiza y el mar había perdido aquel azul limpiísimo. Lo único a recobrar era su afición por la biología, cuya carrera su padre, mitad barbero mitad relojero, no pudo costearle. Aquel aparato, que ponía en las terrazas con su luz discreta una nota romántica, producía al principio, al descargar su voltaje sobre el cuerpo de los cínifes, un tic que sólo llegaba a ser para el oído muy levemente desagradable, y sin embargo ahora, aunque se lo achacaran a una pesadilla que anduviera enturbiando su lucidez, él percibía el crac repugnante del escarabajo que se pisa. Era un estallido seco, descubierto en la terraza del chalé en que impartía entre sorbitos de whisky su única clase particular. La descarga mortal contra los insectos —crac, crac, crac— le hizo huir de aquel sobresueldo tan necesario para sus investigaciones, sin que

después de dos veranos hubiera podido desprenderse en sus sueños de los chasquidos de matanza.

La mañana en que al fin logró entrevistarse en la ciudad con un responsable de sanidad, lo primero que le salpicó fue una carcajada burlona cuando al abrir la cajita de cerillas y ofrecérsela al incrédulo, éste encontró al insecto con el grotesco baile de su estertor. Haciendo caso omiso de su desenfado, le preguntó con inquieta esperanza si reconocía en él a uno de los mosquitos que año tras año se esforzaba en exterminar, a lo que el poco amante de la ecología contestó airado:

— Ya me han puesto al corriente de sus investigaciones y del malestar que ha causado a los empresarios de la construcción con sus declaraciones a la prensa. Usted se empeña en que los mosquitos han aumentado de tamaño, y el pueblo, que vive de los veraneantes, no disfruta con ese tipo de milagro o alucinación.

El maestro no daba crédito a la confabulación formada en torno a él

para no admitir el descubrimiento; con los ojos vendados no podrían vislumbrar el futuro de hambre de sus playas. Por ello, le arrebató al concejal la cajita y prendió al horrible insecto con dos de sus dedos para gritar sus verdades después de levantar hasta los ojos del político la prueba irrefutable.

— ¿Sabe usted cuántos huevos aglomerados en paquetes pondría este «ángel inofensivo»? ¡Trescientos! Y ahora multiplíquelos por las centurias que nos invaden al atardecer. Ustedes los han fumigado con camiones cisterna y avionetas, y los laboratorios no saben ya qué arma inventar. Ahora el veneno es su mejor alimento, al igual que les ocurriría a los coleópteros con las radiaciones nucleares. Todos lo presentíamos y hoy, que se cumple nuestra corazonada, volvemos la cabeza a la monstruosidad que nos hemos fabricado. Yo lo he podido comprobar a orillas de la charca vestido como los apicultores, y créame, señor doctor, en breve sorprenderemos a los halcones volar a la hora del crepúsculo.

El político encendió una cerilla ante su puro apagado, pero, en lugar de prenderle fuego, solicitó su langosta que, tras ser depositada en el cenicero de latón, fue lamida por la temblorosa llama, arrojando a continuación un repelente olor a chamuscado.

— ¿Por qué no se apea de su torturante pesadilla, señor maestro? Disfrute del agua y del sol, o váyase la próxima temporada al monte. Hay gente con los ánimos muy exaltados por la insignificante historia de sus mosquitos.

El maestro, con el ánimo de un salvador de la Historia Sagrada que aún explicaba a sus alumnos, antes de abandonar el tórrido despacho, le anunció bajo el dintel de la puerta:

— Dios puede valerse de los elementos más microscópicos para hacernos ver nuestras culpas. Después de asesinar el mar, nadie iba a creer que la Naturaleza se les rebelara por un mosquito, pese a que su administración considera natural, al no colmugar yo con la locura de este pueblo, incluirme entre sus objetivos de caza.

— ¡Váyase —le amenazó crispado el político— o no respondo de mis actos!... Ah, y llévese ese mamotreto de papeles, para los que recomiendo a usted también el fuego.

El maestro no desmayaba de sumar

recortes de prensa a su dossier de investigación, entre los que figuraban abundantes cartas a los directores de cualquier publicación, en réplica sobre todo por los gastos destinados por la Consejería de Turismo para que los ayuntamientos del litoral exterminasen las plagas de mosquitos. En una de esas cartas los había comparado al granizo que, a pesar de la desertización ascendente de la región, se intentaba destruir con ioduro de plata lanzado en plena nube desde las avionetas, o con cohetes y cañones, medidas que costaban a la administración 94 millones, cerrada a comprender que la Naturaleza no consentía humillaciones, como lo demostró destruyendo grandes áreas de cultivos en la pasada primavera con un pedrisco mayor que los huevos de gallina. Ello era —recordaba el maestro el símil de su carta— como taponar a un niño que desea hacer caca. Mosquitos y granizo, en definitiva, hubieron de ganar en fuerza y magnitud para defenderse de atentados.

En la calle de nuevo, la luz intensa, como si le jugase una mala broma, le hizo ver un carrusel de mosquitos proyectados por su pupila a la par que la brisa le castigaba intermitentemente con el hedor de los pesticidas. Por lo que pensó, tras aquellas marcas que estaban batiendo los cínicos en su vuelo, que sólo se trataba de un aciago día; uno de esos días en que, de aprovecharlo para el baño, lo flagelaría una medusa y se clavarían en su talón todas las espinas de un erizo. De paso por el puerto, divisó a sus alumnos lanzarse arena a los ojos, aventurando con toda seguridad que durante el próximo curso le caería el nombre de don Díptero en el Colegio. No sabía si llevaría uno de ellos a clase de Ciencias, por temor a que impresionase a las criaturas, para diseccionarlo a fin de estudiar el tipo de boca chupadora que se da en este cínicife, así como sus bellos ojos compuestos, la venación de sus alas y su forma de respiración. El insecto que sacrificaría en el aula, un *Aedes albopictus*, sería ideal para la observación científica, se dijo, como si lo hubiera extraído del recuadro en que figura en el póster a todo color «Guía de Insectos».

A su paso por el Consultorio de la Seguridad Social, instalado provisionalmente en el deplorable bajo de unos apartamentos, se detuvo frente a la serpenteante cola que creció al mismo ritmo de los días de julio, com-

puesta mayormente por pacientes que exhibían horribles picaduras desde los talones a la frente. Recordaba la inútil entrevista que sostuvo con el joven médico tras fingir para adelantarse como un caso de urgencia un cólico nefrítico. «Esos labios destacados como manzanas —dijo sin ningún tipo de presentación al médico—, esos tumores en los párpados o esos abultamientos en las rodillas no son otra cosa que picaduras de mosquito». El médico accionaba la cabeza para asentir, aconsejándole que no perdiera la calma mientras le escribía en una receta un fármaco tranquilizador. A su salida temió que la cola lo enguliese en la espiral de su lengua. Apresuró el paso para perder de vista a aquellas torturadas víctimas de una rebelión poderosa e incomprensible.

A la altura de la torre de pisos que estaban construyendo con miradores a la bahía, observó a los albañiles columpiarse de los andamios, evocando por ello los datos que le aportó su amigo durante una mañana dominical: «Cuando nos dirigimos a primeras horas de la mañana hacia el edificio, dispuestos a encofrar, nos tropezamos en cada habitación con un puñado de vencejos muertos. Mis compañeros culparon a las fumigaciones, pues la tarde anterior habían lanzado toneladas de insecticida en las charcas y se habían paseado las avionetas pulverizando las marismas y los cultivos. Aunque yo creo que debieron envenenarse con la merienda que les proporcionan esos bichos del diablo. Están muriendo a saco todos los pájaros de por aquí sin que a nadie le preocupe». Cuando el maestro suplicó a Gabriel que fuese a declarar con él al Ayuntamiento, dijo que él no podía protestar por nada: «Yo soy otro mosquito, señor maestro, y con la serie de recelos que existen entre los constructores y el Ayuntamiento, me quitan el trabajo de un plumazo». «Lo comprendo —replicó él vencido y exhausto—, aunque dentro de poco esto será un desierto». El albañil lo miró con lástima, conocedor de las burlas y de la impiedad de sus hijos para con él, sin poder evitar decirle en vez de un adiós: «Habla usted de unas cosas tan raras».

Al fin del regreso, se dirigió rápidamente hacia el patio construido a la espalda de su vivienda, donde entre las macetas de cilindros, hierbabuena y laurel, se alineaban ocho jaulas fabricadas por él con agujeritos de celosía de un centímetro de diámetro. Las

especies clasificadas dentro de ellas producían altísimas vibraciones alrededor de los despojos de carne de cordero con que los alimentaba. En otra jaula, colgada ante la de un canario encogido de pánico, se hallaba una fuente rebosante de agua con larvas y huevos. En tal cantidad de ocasiones los había observado, que no necesitaba ya lupa ni medidas de precisión para anotar sobre el pequeño bloc de bolsillo aquellas cifras que tanto le sobrecogían.

Pensó en su larga lista de invitaciones frustradas a las autoridades de toda la región para que cayeran en la cuenta de que sus jaulas contenían algo más alarmante para el futuro que una epidemia de cólera. Aunque de visitar su patio, le hubieran abroncado igual que en la calle para que se graduara las gafas de nuevo, o recomendado que se hiciese de una esposa entrada en carnes como terapia de su obsesión, o advertido de que era tarea más hermosa y gratificante la de coleccionar mariposas o conchas de molusco.

Al atardecer, cuando aquella plaga apocalíptica emergió de las marismas y charcas, empavORIZANDO con sus zumbidos, y se sumó a las falanges salidas de las lonas de plástico de los invernaderos, todas las puertas y ventanas de la urbanización, a la alarma unísona de «¡ya están aquí los mosquitos!», se cerraban a cal y canto, para que sus propietarios pudieran presenciar extasiados el espectáculo en tecnicolor y los récord mundiales que se estaban estableciendo en Los Angeles. Aunque los escasos mosqui-

tos que lograban penetrar en sus estancias describieran espirales y ochos frente a sus pestañas y practicaran en sus antebrazos verdaderas transfusiones de sangre, los otros mosquitos negros de Estados Unidos, en vuelo también sobre las vallas, el agua o los fosos de arena, les hurtaban su presencia. De la raza negra, meditaba el maestro, como de la de los cinifes, se había hecho a base de látigo o con aquellas nostálgicas bombas de flit una selección increíble. La velocidad de vuelo, al abandonar la charca, llegó a calcularla en 3'58 metros por segundo; y después de anillar sus abdómenes, al cabo de un trienio, pudo establecer en dato provisional un diámetro de ocho kilómetros, los que van del Puerto a Puntabella. Descubriendo que hacía a las muchachas sonreír entre cuchicheos en la terraza de la heladería en tanto él sopesaba estadísticamente las causas que pudieran influir sobre la inactividad de los mosquitos en el nacimiento de determinadas noches.

El, sin embargo, a pesar de la graduación reciente de sus gafas, de la perfecta nitidez y el color ideal de su televisor, contemplaba el bullir de noventa y cinco mil mosquitos en el estadio; mosquitos chinos que se impulsaban con la pértiga, mosquitos nórdicos en la superficie de las aguas, mosquitos estadounidenses que celebraban con himnos estridentes sus banquetes de sangre universal. No, la revelación de su pesadilla no iba dirigida únicamente a los veraneantes de aquella playita silenciada en el mapa; los mosquitos, aún lejos de verse me-

tamorfosados en vampiros, marcaban los brazos conquistados con una mordedura de droga. Tal vez la llama de las Olimpiadas fuese la señal convenida para su rápida propagación.

Para comprobar una noche más que la invasión no se trataba de un sueño ni de parábolas evangélicas, se ajustó su máscara de esgrima y, después de hacer extinguir las luces de su vivienda, salió al exterior y cerró la puerta tras de sí como una exhalación. Playas, calles y jardines estaban desiertos; el rumor del mar era apenas perceptible mezclado con los zumbidos. Intentó avanzar a lo largo del porche y los mosquitos rebotaron en él como granizo; abrió los ojos y se encontró la nube adherida a la celosía de su máscara, y cuando pudo liberarse de ella de un manotazo, solamente exclamó «¡Dios mío!», tras calcular que en pocos días habían batido todas las marcas con una envergadura de alas de más de nueve centímetros. Lamentaba ser él el único testigo, pues cuando aquellos desgraciados turistas saliesen a la brisa tras el fin de la jornada olímpica, los mosquitos ya andarían retirados con su sangre transfusora. Y a la mañana siguiente, en el mercado, bajo los toldos de la playa, aquellas miradas, atentas más a Los Angeles que a su evangelio, acompañarían con guiños de comicidad los comentarios sobre la nueva plaga de langosta que se cernió sobre el mar y sus tejados.

Mazarrón/Los Angeles,  
julio-agosto, 1984

